

# CRONICA

## EL PROBLEMA DE DIOS EN EL II CONGRESO NACIONAL ORGANIZADO POR LA ASOCIACION TEOLOGICA ITALIANA

La Asociación Teológica Italiana organizó un II Congreso Teológico Nacional (el primero se había celebrado en Nápoles), celebrado esta vez en Firenze, durante los días 2-5 de enero del año en curso. Las ponencias y las disertaciones versaron en torno al tema general: *La trattazione teologica di Dio oggi*. Más de 250 teólogos, reunidos de todas las partes de Italia y representantes de los más prestigiosos centros de estudios de la nación (Nápoles, Milán, Génova, Turín, Bolonia, Roma, Como, Perugia, Padua, etc.), en su mayor parte profesores de teología y de filosofía, colaboraron con fe, entusiasmo y con una abnegada dedicación, en dar una orientación recta y precisa a los diversos problemas que el mundo actual plantea al pensamiento y criterio teológicos en torno al objeto primario y fundamental de la fe: Dios. Y esto tanto en el terreno doctrinal, como en el metodológico.

Es justo confesar que el temario ofrecía interés, dadas las circunstancias ambientales. Y —¿por qué no decirlo?— suscitó también legítima curiosidad teológica. Estamos viviendo una fase de revisión de problemas —se habla inconsideradamente hasta de la *revisión* del concepto de Dios en el catolicismo—, abierta a nuevos planteamientos y a perspectivas desconocidas. La incertidumbre ante el futuro y la inseguridad del éxito de estas tentativas, sólo posible y no muy apuntalado, ha creado un clima en el que todos nos sentimos llamados, y aún urgidos, a decir alguna palabra, con el deseo de asegurar el buen suceso de los trabajos.

Esta actitud cobra fuerza e intensidad, cuando el problema sometido a reflexión es Dios. Este término, y más lo que él expresa, constituye el fondo de toda idea y el soporte de cualquiera actitud recta del hombre; es la clave de toda interpretación exacta del mundo, del hombre y de las cosas, tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Es el objeto primero de todo conocimiento. Si falla, o se quiebra, o se tuerce, cae por su base todo sistema teórico y especulativo.

Dios como realidad objetiva es inmutable en sí mismo. Y es una realidad que viene siempre ajustada a los cuatro lados de las cosas, cuando éstas conservan su sitio y no rebasan, ni en más ni en menos, los límites de sus dimensiones. Pero un amplio sector de la humanidad vive de espaldas a esta realidad primaria, o la repele positivamente. Se han desajustado los términos de la relación y se hace urgente descubrir de nuevo el camino, para introducir esa realidad nuevamente en el espíritu del hombre, en sus sentimientos y en su mismo quehacer cotidiano.

Las categorías del pensar y los módulos del sentimiento religioso se han modificado notablemente en nuestros días ante la expresión de los sistemas racionalista, gnóstico y positivista del siglo XIX. Esto ha significado una regresión en el quehacer intelectual del hombre. Pero esta es la realidad. Los valores del espíritu siguen en pugna y en oposición con los de la materia, mientras no se establezca la armonía y el diálogo entre las dos formas del pensar. Aquí se ha quebrado el puente de unión entre el pensamiento y la vida; resultan ineficaces métodos y procedimientos que hasta ahora habían tenido vigencia. La actitud del ateísmo ha puesto en estado de crisis la organización sistemática de la enseñanza religiosa y aun de la misma vida.

No obstante, las realidades están ahí; inmutable el mismo ser de Dios, imperturbable su faz, idéntico a sí mismo, como lo exige su misma naturaleza. Pero se impone encontrar una metodología apropiada a las necesidades del momento. No hay que buscar revisión de conceptos —es esta una idea que quisiera dejar firmemente establecida— sino adaptación de sistemas y de procedimientos. Hay que descubrir el lenguaje de que tenemos que servirnos en el diálogo actual. Y esto, ante todo y sobre todo, en torno al problema de Dios, clave de toda otra reflexión.

El temario y la finalidad de este Congreso italiano de Teología respondieron a esta doble inquietud. Por eso estaba plenamente justificado el interés y la tensión mantenida a lo largo de las sesiones de estudios.

El temario se estructuró de la siguiente manera:

*Martedì 2 Gennaio.* — *Parole di apertura*, di S. Em. Card. E. FLORIT, Arcivescovo di Firenze; *Sviluppo storico della trattazione sistematica di Dio*, G. COLOMBO, della Facoltà Teologica di Milano; *Rivelazione biblica di Dio*, F. FESTORAZZI, del Seminario Vescovile di Como.

*Mercoledì 3 Gennaio.* — *La tematica di Dio nei Padri*, P. R. CANTALAMESSA, OFMC., della Università Cattolica «S. Cuore»; *La Teologia di Dio nella Scolastica*, R. MASI, della Pontificia Università Urbaniana; *La Teologia di Dio nella metodologia teologica protestante*, B. GHERARDINI, della Pontificia Università Lateranense.

*Giovedì 4 Gennaio.* — *La tematica di Dio nell'Ortodossia*, E. LANNE, Rettore del Collegio Greco di Roma; *Ragione e fede nel pensiero moderno*, C. FABRO, dell'Università di Perugia; *Lineamenti per una trattazione di Dio*, C. VAGAGGINI, del Centro di Documentazione di Bologna.

*Venerdì 5 Gennaio.* — *Teologia di Dio e vita della Chiesa*, L. SARTORI, del Seminario Vescovile di Padova.

*Parole di chiusura*, di S. Em. Card. G. GARRONE, Pro-Prefetto della S. Congregazione dei Seminari.

En general, podemos distinguir dos grupos de estudios o de temas. En uno predominaron los temas de carácter doctrinal e histórico; en el otro los de carácter metodológico (Vagaggini-Sartori). Hay que tener en cuenta, con todo, que los ponentes de temas doctrinales dedicaron también atención a los problemas de procedimiento metodológico en la explicación del misterio de Dios, particularmente en la Escolástica, en el Protestantismo y en la Ortodoxia.

Las sesiones de estudio fueron presididas por Mons. C. Colombo, teólogo del Papa, Presidente de la Facultad Teológica de Milán. Este detalle no satisfizo a algunos congresistas, por juzgar que coartaba un tanto la libertad de expresión, y que hubieran deseado una mayor liberación, un estilo más democrático y una praxis menos rigurosa y metodizada. No obstante, cada cual fue libre para manifestar sus opiniones, dentro —claro es— de los cánones de una recta organización. Algún día por la tarde se celebraron círculos de estudio particular sobre temas concretos. Los congresistas se repartieron en seis grupos, dirigidos y moderados por un presidente. La organización resultó un tanto improvisada y los buenos propósitos se esfumaron en la intranscendencia. Ni se elaboraron conclusiones importantes, ni se esclarecieron problemas. Y el cuestionario estaba necesitado de una labor seria y reposada de este género.

\*  
\*\*

Abrió el Congreso el Emmo. Cardenal E. Florit, Arzobispo de Florencia, con una alocución orientadora, en la que tocó todos los problemas claves de la problemática actual sobre Dios dentro y fuera del catolicismo. Era inevitable el ambientar este problema dentro de las orientaciones dadas por el Vaticano II, que en su fase preparatoria tuvo proyecto de redactar un capítulo especial acerca del conocimiento de Dios. Sin embargo, en sus textos definitivos no afrontó directamente este tema, si bien alude a él en la mayor parte de sus documentos.

Dios es hoy —resumimos las ideas del Emmo. Cardenal— la cuestión fundamental, no sólo para la Iglesia católica, sino para toda la religión. Constituye también uno de los empeños más decididos y universales del catolicismo: cómo anunciar al hombre moderno la fe y la doctrina de la Iglesia, para convencerle de que el problema de Dios es el más profundo y vital para él. La Iglesia es problema para el hombre moderno, porque se presenta en su predicación con la rúbrica de Dios, y porque habla en su nombre; el mismo Jesucristo constituye también cuestión para el hombre actual, en cuanto es Dios. La misma doctrina del Vaticano II sobre el misterio de la Iglesia, tiene interés para el mundo actual, en cuanto en el fondo de todas sus consideraciones está la realidad de Dios, quien, en último análisis, la da consistencia.

Pasó revista a la situación de la mentalidad moderna, en el campo religioso, que se centra en el problema de la existencia de Dios y de su cognoscibilidad, y en la relación e intercomunicación entre Dios y el hombre. Dio en síntesis el pensamiento de Barth y la teoría de Bultmann, para quien hablar de Dios solamente es posible para el hombre en cuanto eso significa hablar de sí mismo. Trazó las líneas generales del pensamiento del protestantismo anglosajón, de la escuela de la secularidad y de la llamada teología radical de la muerte de Dios, acuñada en Norteamérica.

El prestigio de Barth ha hecho que estas formas de teología se hayan depauperado, manteniendo un agnosticismo desesperante en cuanto al conocimiento de la primera realidad. Principio funesto, que ha traído graves consecuencias en cuanto a la interpretación misma de la fe y de los valores seculares, llegando a la desacralización religiosa y terminando en relegar a Dios, en el mejor de los casos, a una hipótesis, que ni debe inquietar ni preocupar al hombre, que puede vivir haciendo caso omiso de ella. De aquí al ateísmo no hay más que un paso. Y esa es la consecuencia deducida por J. Robinson, por D. Bonhoeffer y propuesta radicalmente por los partidarios de la teología de la muerte de Dios.

El Emmo. Cardenal puso de relieve la misión encomendada a la teología y a los teólogos de hoy por la Iglesia en este terreno. Su voz quiso indicar y apuntar el camino a seguir. La teología, fiel a sí misma y salvaguardando los valores ontológicos de la realidad suprema, debe contribuir a elaborar un sistema que logre interesar al mundo actual. Misión nada fácil a realizar, pero excelente, magnífica, en la que pueden desarrollar una amplia actividad todos los teólogos, que pueden hacer oír su voz en el inmenso campo de la Iglesia. Y misión necesaria, para conocer mejor a Dios y servirle con mayor fidelidad, anunciándolo a los hombres de hoy.

La primera ponencia fue pronunciada por Giuseppe Colombo, profesor de la Facultad Teológica de Milán. Trazó una visión panorámica del conocimiento y de la exposición del conocimiento de Dios en la historia de la teología. Es imposible resumir en unos cortos párrafos los muchos temas afrontados por el ponente, las muchas ideas expuestas, y los múltiples elementos de juicio, que fueron como el nervio y los cauces de su exposición.

Comenzó reflexionando sobre la estructura actual de la enseñanza teológica acerca de Dios, citando sus testimonios y detallando sus características. Pasó a analizar los orígenes del tratado científico acerca de Dios, considerado como un resultante de la exigencia de la sistematización teológica general, según esta triple dirección o característica: un esquema preferentemente de sabor bíblico; un esquema determinado por las necesidades de la lógica; y un esquema de carácter mixto. Esta doble consideración fue constatada por el ponente en la emergencia y en las primeras apariciones del tratado sobre Dios. Pero no bastó eso para estructurar un tratado teológico; o al menos, con esos solos elementos no podríamos comprender lo que fue el tratado sobre Dios. Hay que tener en cuenta ciertos principios fundamentales, que se pueden considerar como contenido del mismo; estos principios son fundamentalmente tres: la analogía psicológica, los nombres divinos y la aporía unidad-Trinidad. En todo este proceso hay una figura relevante, cuya acción fue decisiva para la teología posterior: es Santo Tomás.

De aquí partió el análisis que el ponente hizo del desarrollo del tratado sobre Dios en la época que designó: como segunda escolástica. En ella descubrió dos tendencias fundamentales: la de la naturalización y la de la antropologización. Una visión de conjunto como esta dejó en olvido a no pocos autores, aun de acusada personalidad teológica.

Con un criterio parecido analizó las vicisitudes del tratado teológico sobre Dios después de la segunda escolástica, haciendo ver cómo se realizó el paso del sistema teológico al tratado dogmático, y poniendo de relieve la importancia de la definición del Concilio Vaticano I, clave de explicación de la teología posterior.

G. Colombo quiso aprovechar la lección de la historia y proyectar a la situación actual sus enseñanzas. Afirmó que todo tratado sobre Dios debe estar en correspondencia con la revelación. Y en este sentido, hay una figura moderna, cuya actitud puede servir de guía y de ejemplo. Es Scheeben, con su recurso a la Biblia y a la enseñanza de los Padres. En todo caso, concluyó el ponente, la única vía para estructurar un tratado teológico sobre Dios es la señalada por la revelación. Y si el problema del mundo de hoy es el ateísmo, la respuesta desde el punto de vista teológico es el teísmo predicado por Jesucristo, el Dios de la revelación y no el de la religión natural. La conclusión centró la atención sobre el problema objetivo; y no era este precisamente el intento que se perseguía, sino la aplicación de la enseñanza de la historia al problema metodológico. Sobre el otro aspecto no existe ni discusión ni ambigüedad.

El recurso hecho por G. Colombo a la doctrina de la revelación, como base del tratado teológico sobre Dios, o la necesidad de armonizar sus enseñanzas con su contenido tuvo una contestación satisfactoria en la ponencia pronunciada por F. Festorazzi, profesor del Seminario de Como. El ponente reflexionó sobre la revelación histórica bíblica de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento (preferentemente en San Juan y en San Pablo). Expuso las características del concepto de Dios, promesa en el Antiguo Testamento, realidad amorosa que se revela en Cristo en la Nueva Alianza, en una historia de salvación. Se trata de un Dios personal, un Otro que llama con amor, trascendente, que mira a la profundidad del hombre; en fin, misterio, ante el cual el hombre debe enmudecer, en actitud de adoración. Esta cualidad misteriosa puede ofrecer un tema de diálogo con el mundo actual.

Pero, no era este el tema central de la ponencia, dentro del marco de este congreso, cuya orientación era preferentemente metodológica. Festorazzi no desdichó esta dirección, haciendo en una segunda parte aplicación de los elementos doctrinales al problema de la metodología, bajo este enunciado: *categorías bíblicas y verdad teológica*. Quedaba latente aquí el interesante problema de descubrir la objetividad de los conceptos bíblicos, en contra de las teorías mitologizantes de nuestros días. Pero el ponente no derivó por este camino.

Planteando el problema, se fijó más bien en el camino seguido por Dios en la revelación de sí mismo en el Nuevo Testamento, haciéndose palabra hecha carne. La dificultad de desentrañar su contenido proviene de la misma Biblia, y de la investigación de las vías o criterios para descubrir la realidad manifestada. En estas tentativas, nacen las cuestiones relativas a las analogías, a los simbolismos, a los mitos, y, en consecuencia, a las desmitizaciones. De nuevo, el problema metodológico quedó a un lado; porque no se trataba propiamente de la metodología de la investigación, sino del método de la enseñanza, válido para hoy, escuchando o analizando la panorámica de la Sagrada Escritura acerca de Dios. En un intento de solución, el ponente analizó los orígenes de la Biblia, el alcance de sus expresiones y su misma plastificación de las verdades, que se hacen como experimentables en una historia de salvación, descubriéndose Dios en Cristo.

El punto más en el corazón del programa del Congreso fue el propuesto en último lugar: actualización del pensamiento bíblico sobre Dios. Lo desarrolló en unos simples enunciados de carácter doctrinal: exigencia antropológica, instancia teológica, encuentro con Cristo Dios-Hombre. Concluyó diciendo que la investigación bíblica invita a una construcción teológica, en la cual quede puesto de relieve el carácter funcional-ontológico al lado del kerigmático. Esto dice mucho, pero deja la cuestión prácticamente donde se encontraba. ¿Cuáles son las líneas a seguir para realizar esta labor...?

Con una orientación parecida, el P. Raniero Cantalamessa, capuchino, pronunció una ponencia sobre *la temática de Dios en los Padres*. En la programación general, este tema era complemento del anterior, ofreciendo así a los oyentes una visión completa de las fuentes de la revelación: Escritura y Tradición. En principio estaba destinado para desarrollar este tema un emiente purpurado italiano: el Cardenal Pellegrino. El sustituto, humilde hijo de San Francisco, como se anotó en su presentación, no defraudó. Su basta preparación y su profundo conocimiento de la teología patristica, sus muchos estudios sobre temas concretos le dan una base muy sólida para hablar con plena autoridad sobre estos temas. Pero su ponencia resultó más un estudio de carácter doctrinal, que de tipo metodológico.

Cantalamesa comenzó reflexionando sobre una posible fuente de la temática de los Padres sobre Dios: la *teología platónica*, ante la cual manifestaron una legítima desconfianza, ante la dificultad de determinar el concepto de teología, optando por dar mayor importancia a la *theusebia* (piedad, religión) frente al primer ser. Con todo se aceptó el término y el método de analizar el objeto por el significado, preferentemente en la escuela de Alejandría (Orígenes).

Siempre con un criterio científico, el ponente analizó, a continuación, las características de la temática de Dios en los Padres de los primeros siglos. Las estudió en dos planos: características de *forma* y de *contenido*. En cuanto a la *forma* (problema bastísimo), puso de relieve su diferencia con el lenguaje moderno, más sintético, analítico; la palabra lo era todo en esa época; después lo fue el concepto. Primitivamente tuvo más importancia la frase; el término, más que la proposición teológica. El concepto pertenece más a la época clásica.

En cuanto al *contenido*, desarrollado y elaborado en un ambiente cercado por las herejías, puso de relieve la importancia que tiene la instauración del monoteísmo trinitario, que prolonga (el ponente habló de transformación) el monoteísmo precristiano. Este fue el problema crucial de toda la reflexión teológica. Analizó otro fenómeno, como una segunda fase en la elaboración de la problemática de Dios: la crisis que sometió a discusión los datos recibidos, ante la presencia de las herejías.

Analizó también esta doble característica en algunos casos particulares, poniendo de relieve la importancia que tiene en este terreno el estudio de la filología; pero sin concesiones excesivas (el término: *pneuma*, *Pater*, etc.). El análisis de estos términos y de otros clásicos en este período, como :*omousios*, *agénetos*, *substantia*, *persona*, *hypostasis*..., nos puede llevar al conocimiento de los momentos más salientes y de los hitos de la reflexión teológica de los Padres sobre el misterio de Dios.

Hizo, finalmente, un balance conclusivo, que hubiera dado pie para establecer unas líneas metodológicas en las circunstancias actuales. El problema planteado a los Padres en la doctrina acerca de Dios fue el incorporar el concepto del Dios de la revelación en la cultura de su tiempo. Chocaban con dos fuertes obstáculos: las preocupaciones exasperadas de la transcendencia platónica y de la inmanencia panteísta o materialista de los historicistas. Lograron el equilibrio entre esos dos polos opuestos, inmanencia y transcendencia, entre Trinidad y Encarnación, entre teología y cristología.

El tema desarrollado por el P. Cantalamesa fue muy amplio. Muchas afirmaciones quedaron difuminadas en la generalidad, e incluso en la imprecisión. Se pidieron no pocas aclaraciones a sus puntos de vista. Y se hubiera deseado una aplicación concreta a la enseñanza actual, que puede encontrar, sin duda, en la conducta de los Padres un antecedente y ejemplo a seguir. Porque hoy nos encontramos también ante el peligro de un inmanentismo, de un racionalismo, de una disgregación doctrinal que nos invita a una concentración teológico-cristológica, que nos de a conocer la verdadera fisonomía del Dios de la revelación, encarnándolo en el corazón de la cultura de nuestros días.

D. Maxi amplió la visión histórica dada por G. Colombo, acerca del tratado teológico sobre Dios. Lo estudió a través de la época del escolasticismo. Pasó revista a las grandes figuras, desde la época carolingia, describiendo las grandes líneas de aquel estilo de pensar, que a pesar de todas las impugnaciones y réplicas, no ha envejecido; aunque desde el punto de vista de la metodología no tenga

hoy mucha eficacia ni goce de simpatías. Los métodos están sometidos a las exigencias de los tiempos y de los lugares. Anselmo de Aosta, Anselmo de Laon y su Escuela, San Bernardo, Pedro Lombardo, Alejandro de Halés, San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás, Duns Escoto, Guillermo de Occam y otras figuras de esos siglos prestaron materia de reflexión al ponente.

Uno de los temas principales de reflexión fue la separación del tratado sobre Dios Uno y sobre Dios Trino. Lo que se ha llamado, creo que abusivamente, una impostación teológica. Y digo abusivamente, porque esta separación e independencia metodológica venía exigida por unos cánones que regían el pensar de los maestros de aquellas centurias. Y no hubo en esto, a mi modo de ver, ni imposición ni incongruencia. Esta idea no quedó clarificada a lo largo de los estudios de este congreso, y me parecía importante. Porque la doctrina hay que juzgarla y enjuiciarla en sí misma; pero los métodos son hijos de su siglo.

La exposición del Dr. Maxi concluyó con una visión de la escolástica del siglo XVI, centrando su atención en la figura de Suárez. El procedimiento y la elección fue correcta. Al final propuso unas conclusiones aceptables para todos: el recorrido histórico nos manifiesta que el tratado sobre Dios, sea Dios Uno o Dios Trino, debe estructurarse con criterio teológico. Esto es posible siempre, actualizando el estudio a las exigencias del pensamiento y de la acción del mundo moderno, teniendo en cuenta las grandes corrientes filosóficas, que ejercen poderoso influjo sobre el problema de Dios. Pero ¿dónde está el camino para hoy? Porque esos principios han regido la elaboración teológica de todos los tiempos.

La programación general del congreso incluyó dos temas circunstanciales que suscitaron grande interés: *la doctrina sobre Dios en la metodología teológica protestante, y la temática de Dios en la Ortodoxia*. ¿Podrían aportar estos temas alguna luz a la *trattazione teologica di Dio oggi?*... ¿Podríamos descubrir ahí una pauta a seguir, un camino a recorrer o un ejemplo a imitar?...

No cabe duda que ambos temas sirvieron para ilustrar y esclarecer la panorámica, delimitando el marco dentro del cual —particularmente por lo que se refiere al protestantismo— hay que afrontar actualmente la exposición y estructuración del misterio de Dios.

B. Gherardini nos dio una lección magistral sobre el tema en el protestantismo, tomando el agua en sus fuentes. Destacó las ideas centrales de la teología luterana sobre Dios, Dios personal, el otro frente al hombre, Dios de la fe mas que Dios como primera causa, que es una disimulada idolatría; Dios inefable, y, al fin, Dios escondido, que se revela y desvela su faz oculta.

Puso de relieve la diferencia de esta concepción con la de Calvino, que defiende un innatismo de la idea de Dios como principio absoluto de una metodología competente.

El protestantismo moderno, pasando por el iluminismo, pietismo, idealismo, se hace más antropológico en cuanto a la explicación de la idea de Dios. Aunque mantiene abiertas muchas direcciones: Brunner, Bultmann, O. Cullmann, P. Tillich, D. Bonhoeffer, han marcado una curva muy abierta, que desemboca en sistemas contradictorios, hasta definirse por su arreligiosidad.

Desde el punto de vista metodológico, hizo notar la existencia de un subjetivismo contra el ontologismo. La misma metodología luterana no va en busca de Dios, sino del hombre, siendo una actitud unilateral que tiene sus repercusiones en sistemas actuales que, en realidad, carecen de metodología.

E. Lanne comenzó fijando la doble sistemática, de signo distinto, acerca del misterio de Dios en la teología oriental y occidental, que viene a constituir una doble teología. Esta diferencia de interpretación y de enseñanza goza de una ascendencia secular y de una legitimidad objetiva. El Vaticano II ha sido consciente de este fenómeno y lo ha aceptado, como válido (Decreto sobre el Ecumenismo, nn. 15, 17).

¿Cuáles son las características del pensamiento griego? En tres partes el ponente expone largamente los elementos de la respuesta. Existe, en primer lugar, una impostación distinta en cuanto a la concepción trinitaria, fenómeno puesto de relieve en las investigaciones modernas; perspectiva «económica» en los Padres griegos frente a una perspectiva unitaria que prevalece en la tradición latina, de manera particular desde San Agustín hasta la época del escolasticismo.

Analizó más detalladamente el P. Lanne el pensamiento de V. Lossky acerca de las diferencias doctrinales y sistemáticas entre Oriente y Occidente acerca del problema de Dios, con aplicaciones precisas a casos concretos. Por ejemplo, el *filioque* no constituye una discusión sin sentido, o de signo solamente gramatical, sino representa la expresión exacta de una concepción distinta del misterio de la salvación. Lo mismo cabe decir de la teoría palamita sobre las energías-dinamismos increados, con respecto a la esencia, que se interpretan como la concreción precisa del pensamiento ortodoxo auténtico. El análisis debe hacerse desde las categorías mismas de los sistemas; por eso manifiesta su desacuerdo con la interpretación propuesta por Congar acerca del Dios de la teología oriental.

La teología ortodoxa actual plantea también sus problemas. Para conocer y justificar su legitimidad es preciso beber la doctrina en las fuentes antiguas: en los Capadocios y en Máximo, confesor, para descubrir con justeza la situación legítima de Gr. Palamas. Las investigaciones están todavía en sus comienzos. Lossky y J. Meyendorff han descubierto esas relaciones y el cauce ininterrumpido por el que llega el pensamiento antiguo a los maestros de la Edad Media. El estudio debe continuarse en el clima del diálogo. También en la Iglesia oriental la temática sobre Dios está en vías de renovación. Será importante atender no solamente a los resultados del análisis de las piezas propiamente teológicas, sino también litúrgicas. De todos modos, el intento fundamental es descubrir la línea de la continuidad teológica, que es siempre una garantía de seguridad.

Una de las ponencias más amplias del Congreso, y también de las más interesantes bajo el punto de vista ambiental, fue la expuesta por C. Fabro sobre *fe y razón en el pensamiento moderno*. Su interés está cifrado en el conocimiento que este estudio puede proporcionarnos del ambiente en que debe desarrollarse la teología de Dios hoy, y de las fuerzas y corrientes con que puede chocar.

El ponente hizo una panorámica detallada de la crisis en que vive el pensamiento moderno, provocada por la disociación de la fe y la razón; crisis que constituye una verdadera tragedia en la actualidad. Aunque no es prácticamente problema de ahora, pues, bajo diversas formas, ha existido en toda la historia de la teología. Llámese oposición entre naturaleza y gracia, entre especulación y metafísica, tensión entre vida y pensamiento, etc., todo viene a reducirse a un mismo fenómeno de fondo: oposición entre razón y revelación.

Esta tensión encuentra su origen en algunos principios de la teología católica, a los que no puede renunciar. Los dogmas de la fe trascienden en una dimensión absoluta las fronteras de la razón, para la que son incomprensibles. Por otra parte, estos dogmas vienen propuestos en una dimensión histórica; Dios ha ido



describiendo la historia de la salvación, con su automanifestación, que ha liberado al hombre. Dios se ha incorporado a la historia humana. Los dogmas, como sucesos también históricos, no merecen para el racionalismo un asentimiento absoluto, porque ya dijo Espinoza que la razón no puede adherirse absolutamente a hechos contingentes. Revelación e historicidad crean una tensión y constituyen un nudo que la razón pura no puede desatar. Y no es esto sólo; la razón no encuentra salida para explicar el problema del mal...

Todo esto reviene sobre el problema de Dios; porque Dios es quien revela los dogmas, quien dirige la historia de la salvación y quien permite el mal y lo ordena en su providencia hacia el bien... En el fondo la explicación racional de los hechos es una explicación filosófica. La misión de la filosofía ha creado también en el pensamiento moderno dificultades a la verdad sobrenatural; porque, por una parte, la filosofía ha de servir a la teología, facilitando la comprensión de sus datos; por otra, tiene sus exigencias y propugna una autonomía.

Fabro concluyó su amplio discurso describiendo las líneas del pensamiento moderno, racionalista y protestante, en el que se acusa la disociación de la fe y la razón, o se camina por la vía de una independencia condenada al fracaso. Ahora, como en tiempo de Santo Tomás, la fe es superior a la razón, pero deben caminar en una mutua colaboración para comprender la verdad desde todos sus lados. La teología protestante oficial, el existencialismo de izquierda, la teología radical de la muerte de Dios, personificada en Altizer-Hamilton, más que en J. Robinson y Bonhoeffer, lo mismo que el inmanentismo invadente están atados de manos y no podrán realizar una labor de verdadera renovación en el campo teológico. El sometimiento a la razón pura no representa una liberación, sino una esclavitud.

Los dos temas más interesantes desde el punto de vista metodológico fueron expuestos por L. Sartori y D. G. Vagagini. Eran los más aptos también para determinar el modo de tratar las cuestiones relativas a Dios en la actualidad. Y fueron expuestos en último lugar, como resumen conclusivo de la labor realizada en jornadas anteriores.

Sartori habló sobre la teología de Dios y la vida de la Iglesia. Para el ponente la teología está al servicio de una fe situada en la Iglesia, que se encuentra, a su vez, en una situación concreta. Esta idea fue básica en todo el desarrollo de la ponencia. ¿Cuál es la situación de la Iglesia? Nos la dan a conocer Pablo VI en su *Ecclesiam suam* (1964) y el Vaticano II, en varios de sus documentos. Así mismo, el Concilio ha determinado las líneas generales que debe seguir la teología para cumplir hoy su misión de servicio. ¿Cumple la teología esta misión?

El ponente hizo un breve *excursus* por los clásicos manuales de teología, en particular con relación al tratado acerca de Dios, delatando notables defectos: *ausencia* de la valoración ascético pastoral de la doctrina, *iuxtaposición extrínseca* de temas, que no confieren unidad orgánica al pensamiento teológico, *angostura* en la exposición del misterio trinitario, etc.

En este recuadro delineó las nuevas orientaciones sugeridas para la teología por el Decreto Vaticano *Optatam totius*. Piensa que la vida de la Iglesia, el conocimiento de sus situaciones está propuesto como un principio directivo, que debe guiar la estructura teológica, incorporando los elementos de la liturgia, de la experiencia y vida de los santos, etc. Desde el punto de vista *interno* de la doctrina, el ponente optó por una fusión más íntima de los tratados relativos a Dios Uno y Dios Trino, iluminados en una perspectiva histórica, a la cual hay que añadir la cooperación del hombre, que puede realizar la experiencia de la fe, etc.

En suma, entre las diversas orientaciones que debe tener la teología acerca de Dios anotó el iluminar los problemas sociales en su raíz, el valor de la persona, el ideal divino de la sociedad... Afirmó que el ateísmo no entra directamente dentro de este esquema, aunque es un fenómeno que subyace en el fondo, a fin de reafirmar la validez de una fe en Dios, como respuesta a la acusación más grave del ateísmo sistemático. Esta afirmación, no obstante, podría carecer de valor en otra perspectiva de la fe y en una inteligencia más amplia de su mismo objeto.

Sartori manifestó una postura muy personal en cuanto a la misión pastoral de la teología. Para él, el aspecto pastoral entra de lleno en la *dimensión interna* de la teología, lo mismo que otros aspectos que se refieren a la vida de la Iglesia. De aquí concluyó con una frase un tanto decepcionante; que el verdadero teólogo hoy es imposible. Si esto es verdad tomando la teología en su conjunto, no lo parece tanto fijándonos en los diversos aspectos de la teología, que son los que debe esclarecer una metodología precisa, determinando el camino para sus diversos matices. Se abusó de la interpretación de algunos fenómenos históricos, pensando que en el siglo XVI, por ejemplo, la teología consiguió su amplia misión, porque la enseñanza en las aulas estaba impregnada de ese sabor de situación. Ese fenómeno, sin embargo, nos ofrece una lección inversa. La teología de las aulas en el siglo XVI, especulativa, abstracta, profunda en vertical y horizontal, informó la vida a través de la enseñanza de los catecismos, su prolongación en la vida de la Iglesia. Y entonces hasta la metodología teológica era distinta, según la misión y la finalidad de cada uno de estos aspectos del saber y de la enseñanza teológica.

La ponencia del P. Vagaggini ofreció máximo interés desde el punto de vista metodológico. El esquema facilitado a los asistentes no logra dar una idea exacta del amplio contenido y de la fuerza de su exposición. Intentaremos un resumen.

Como punto de partida, hizo una síntesis conclusiva de los resultados obtenidos a través de las jornadas precedentes de estudios. Estos resultados, con todo, no habían sido propuestos aún en forma de conclusiones. Pasó después a analizar los presupuestos de una metodología teológica general, siguiendo de cerca las orientaciones del Decreto Vaticano *Optatam totius* y proponiendo algunas conclusiones sobre la relación entre la dogmática y otras disciplinas teológicas. Advertimos aquí una imprecisión que vino a repercutir en el desarrollo de la ponencia, y que puede tener importancia a la hora de establecer conclusiones definitivas. No se distinguió con claridad entre metodología teológica, que debe ser uniforme en toda la teología, y estructura científica de un tratado, que puede establecerse desde diversos puntos de vista, y que está sometida a muchos condicionamientos.

Sin otro preámbulo, formuló una pregunta que está en el ambiente teológico general de hoy: ¿La síntesis teológica debe comenzar por una antropología o por el tratado de Dios? Después de analizar la misión de la metodología general, tomó posición en este problema, diciendo que juzgaba equivocado comenzar la síntesis teológica general con un tratado sobre el hombre, ya que la dimensión antropológica debe penetrar todas las partes de la teología. No faltó una alusión al reciente catecismo holandés, que comienza situando el problema del hombre que busca la verdad. La alusión no me parece feliz, pues no hay por qué aplicar a la teología científica el método de una catequesis o de un catecismo.

Juzgando en general de la estructura del tratado acerca de Dios, Vagaggini fue partidario de una holgura y de una amplitud, en conformidad con los diversos puntos de vista que cada uno puede adoptar. En este sentido, no hay razón para

establecer unas líneas inmutables, porque la estructura va sometida siempre a las circunstancias del momento y a las condiciones de las personas. Y, en última instancia, si es importante el ordenamiento lógico de la materia, es más importante aún la mentalidad teológica con la que deben considerarse los diversos problemas.

Finalmente, el conferenciante opinó sobre algunos temas concretos, motivo de la crisis estructural del tratado acerca de Dios. En primer lugar, se refirió a la presentación teológica de los atributos divinos. Abogó por una presentación escriturística, en la que Cristo aparezca como la suma expresión de los atributos divinos; pero, teniendo en cuenta la utilidad y conveniencia de dar una perspectiva también de carácter ontológico, recogiendo las adquisiciones de la labor de los Padres y de la escolástica. Ambos aspectos son complementarios y de ninguna manera se debe renunciar a la ontología teológica. En segundo lugar, analizó el tema de la impostación teológica del tratado sobre la Trinidad de Dios y su separación de las cuestiones sobre Dios Uno. En el ambiente teológico actual existen preferencias para distintas soluciones. El ponente propuso diversas posibilidades, que presentan ventajas y desventajas, según desde el punto de vista que se las considere.

Finalmente, el P. Vagaggini dio a conocer que él había redactado dos esquemas distintos de estructuración teológica de las cuestiones relativas a Dios. A su modo de ver, ambos podían ser aceptables. No leyó dichos esquemas; pero se pudo apreciar a lo largo de su exposición las líneas que determinarían ambos esquemas. Al fin y al cabo, aquí no se ventilaba más que un problema de praxis, que cada uno puede resolver conforme a su criterio, siempre con método teológico y desde diversos ángulos de visión.

\*\*

El acto de clausura de este Congreso fue presidido por el cardenal E. Florit y el cardenal G. Garrone, Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, que pronunció la alocución final. Situado en la panorámica descrita por el cardenal Florit en el discurso inaugural, Mons. Garrone llamó la atención de los teólogos sobre la exigencia de una toma de conciencia de su responsabilidad en el momento actual; porque la sistematización teológica, y el mismo tratado acerca de Dios, en el contexto de la teología de hoy, presentan una laguna que es urgente cerrar.

Analizando la situación de la vida de la Iglesia —uno de los imperativos que debe determinar la modalidad teológica— reafirmó la misión y función de la fe, como alma de la teología que debe informar la vida y comunicar sabiduría vital al hombre. Por eso, la teología debe proponer no una fe abstracta, sino viva. La fe ha sido dada para los hombres, y la misión del teólogo es comunicarla con los mismos rasgos con que la comunicó Jesucristo. Nada más contrario a esto que una teología de laboratorio; y nada tan alejado de las necesidades actuales de la Iglesia como la labor de los teólogos, encerrados en sus oficinas de trabajo, reduciendo a estrechez el depósito de la revelación.

Por estos cauces discurrió la alocución de Mons. Garrone, no sin hacer alusión —justo es confesarlo— a la necesidad de transmitir el depósito auténtico de la revelación al hombre de hoy, manteniendo también las exigencias de la teología como *ciencia* de esa misma revelación.

En el aula del Congreso se leyeron dos mensajes de reconocimiento y estímulo para la labor que viene desarrollando la Asociación Teológica italiana. Uno de

la Secretaría de Estado de su Santidad Pablo VI, y otro de la Secretaría de la Conferencia episcopal italiana.

No cabe duda que los trabajos de este Congreso representan una aportación valiosísima al quehacer teológico de hoy en torno al misterio de Dios. Todo lo que se refiere a este fenómeno en nuestra circunstancia ha cobrado un sentido dramático y de urgencia inapelable; porque se centra en la imagen de un Dios, que para un gran sector del mundo científico de nuestros días *ha muerto*. La teología radical ha actualizado esta frase de Nietzsche desembocando en un fatal ateísmo ideológico. El agnosticismo atenaza y oprime el pensamiento de los discípulos de K. Barth y de los partidarios de su teología. El mitismo viene a pulverizar todo concepto objetivo en el campo religioso para la Escuela de Bultmann. La sombra y la obscuridad, la desorientación y la crisis se ciernen sobre todo sistema, ideológico o vital, ajeno a las enseñanzas de la revelación.

Hacer luz en esta noche que avanza presagiosa es una labor meritoria y urgente. P. Francesco Listri, a vista de la temática de este Congreso, sintió escalofríos y una alarma irreprimible ante la *dramática definición* de la teología radical: *muerte de Dios*. No obstante, ahí queda la realidad, inmutable y perenne, idéntica siempre a sí misma, esperando que los teólogos de hoy y la Iglesia —como en todos los tiempos y en las más dispares coyunturas— descubran o no pierdan el camino para hacerla aceptable y cognoscible, aún para las mentalidades más adversas. Este intento entraña sus riesgos. No son tiempos fáciles para el teólogo, recordó Mons. Garrone. Con todo, el camino a recorrer quedó ya delineado en este Congreso y otros teólogos cooperarán a descifrar las incógnitas.

Los trabajos de este Congreso cumplieron, en parte, con su finalidad. En parte y en ocasiones no afrontaron el problema fundamental: el de la estructuración de las cuestiones relativas a Dios en la teología actual. Los ponentes abusaron en ocasiones de prolijos análisis de carácter doctrinario, perdiendo de vista la línea de las aplicaciones prácticas. Algunos asistentes manifestaron su insatisfacción en el diálogo que seguía a la lectura de las ponencias, porque deseaban que se hubiera dado respuesta al cómo tratar las cuestiones acerca de Dios en la teología de hoy.

No cabe duda que toda estructura científica debe suponer el conocimiento de su objeto y de sus diversos aspectos. El objeto es la materia maleable por el molde y el procedimiento científico. En este sentido, este Congreso tuvo el acierto de investigar la temática de Dios en las fuentes de la revelación y en la tradición teológica. Pero, la labor del teólogo en la actualidad no puede reducirse a eso: debe también conocer y aplicar la *técnica* teológica y el método más apto para hacer llegar lo divino al hombre.

Aquí radica el progreso de la teología. Porque los objetos de la revelación ni se aumentan ni se modifican en sí mismos. Su adaptibilidad es, con todo, distinta en cada época y en cada coyuntura de la historia. Parafraseando una expresión de F. Listri podemos decir que el problema de Dios se hace y se piensa hoy con nuevo fervor teológico, con un nuevo estímulo, provocado desde dentro y desde fuera, con una nueva ilusión y con idéntico espíritu: *porque Dios no muere*.